

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

GASPAR VILLATE



*De Baldasarre es autor,
y la noche del estreno
tuvo la nota de bueno.
¡Aún tendrá la de mejor!*

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Qué lástima!, por Juan Pérez Zúñiga.—Entre cocheros, por Fiacro Yráyoz.—La boca del estómago, por F. Serrano de la Pedrosa.—El santo patrón, por José Estremera.—El crisol, por Sinesio Delgado.—De verbena, por Eduardo Villegas.—¡Va de historia!, por Manuel Soriano.—El mayor tormento, por Francisco Aguado Arnal.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Gaspar Villate, por Cilla.—El regalo del beneficio, por *Me-cachis*.



No hay medio de encontrar asunto cómico para escribir la revista de la semana.

Después de las desgracias de Consuegra y Almería, ha venido á sembrar el pánico entre nosotros el horrible choque de trenes ocurrido entre Quintanilleja y Burgos.

Al paso que vamos, quedará en breve suprimido el género cómico en España, pues no habrá escritor que se atreva á decir chistes, por no exponerse á que le increpen los lectores en esta forma:

—¿Qué es eso? ¿Se permite usted decir cuchufletas cuando están aún las casas por el suelo y andan los corresponsales de los periódicos metidos en el légamo hasta la cintura? Dedíquese usted á lamentar las desgracias de la patria ó «postule» usted por las calles, que ésa es su obligación.

De modo y manera que voy á tener que dejar el oficio; y el mejor día salgo por ahí con unos versos fúnebres dedicados al Amarguillo, ó bien me encaro con la Divina Providencia y le suelto una docena de endecasílabos para decirle que cese en sus rigores y nos devuelva la paz del alma.

El lector no me perdonaría que escribiera artículos cómicos sobre la caridad, el reparto de los donativos y los proyectos salvadores de la prensa periódica; por lo cual tengo que reconcentrarme en mí mismo, á fin de afligirme todo lo que pueda.

Mi buen humor habitual resultaría en las presentes circunstancias un insulto imperdonable y un sarcasmo cruel.

Suframos todos, y yo el primero.

Bendita sea la caridad, que vierte el bálsamo bienhechor en el alma de los desgraciados.

Una vez más ha respondido el pueblo de Madrid á las excitaciones de los periódicos, y son ya innumerables los bultos que se han remitido á Consuegra.

Las almas generosas se apresuran á entregar en las redacciones de los periódicos toda clase de prendas y efectos con destino á los damnificados, como dice la gente *curstilecultta*. El afán de ser útiles á nuestros semejantes nos conduce hasta el punto de despojarnos de las prendas interiores, y hay quien anda mal de ropa, y sin embargo, se apunta en la lista de donativos con el siguiente epígrafe:

«Policarpo Compasillo, profesor de flauta, á la memoria de su tía Nicanora, para socorro de un niño huérfano, una elástica.»

Hay personas de corazón generoso que no se suscriben en las listas porque carecen de recursos, y entran en las redacciones diciendo:

—Pues yo venía á avisar que no puedo contribuir al socorro de los desgraciados, y bien sabe Dios que lo siento muchísimo; pero todo lo que teníamos nos lo comió un guarnicionero de la calle de la Cabeza que es anarquista. Comenzó por hacerse amigo de mi esposo, y hoy le pedía dos duros para dinamita, y mañana otros dos para mecha, y así sucesivamente, hasta que nos

dejó sin nada. La última vez que estuvo en casa nos sacó cuatro pesetas para hacer la revolución social, y no la ha hecho todavía.

Algunos creen que no tienen más remedio que contribuir, sea con lo que sea, porque de no hacerlo, quedan mal con el gobierno y se ponen en evidencia ante sus conocidos.

—Le voy á ser á usted franco—nos decía un sujeto.—Yo de buena gana llevaría un donativo; pero sólo á Bonald, el farmacéutico de la calle de la Gorguera, le debo catorce duros de harina de linaza, porque tengo á mi señora con un tumor, y me cuestan un dineral los emolientes; pero me queda una guitarra que me la dejó un sacerdote como recuerdo y voy á llevársela á *El Imparcial* para que la remita á Consuegra. Puede que algún inundado sepa tocar, y siempre le servirá de entretenimiento.

Los que no contribuyen con dinero ni especie, van á ofrecer sus servicios personales, como hizo una joven bastante bien parecida, que es una notabilidad en labores.

—Beso á ustedes la mano.

—Servidor de usted—le dije yo, que estaba en la redacción limpiando un sombrero hongo procedente de un donativo.

—Pues yo venía á ofrecerme á ustedes.

—¡Caramba! ¿Lo dice usted de verdad?

—Sí, señor; estoy dispuesta á ir á Consuegra cuando se me mande.

—¿Para asistir á los heridos?

—No, señor: para enseñar á bordar gratuitamente á los perjudicados por las inundaciones. También hago flores de trapo y pantallas.

Yo tomé nota del ofrecimiento; antes había tomado otra nota referente á un señor que se brindaba á dar un concierto de pandereta en cualquier teatro de la corte.

Momentos antes había estado en la redacción una señora que traía un loro con destino á los inundados.

—Mire usted—me dijo,—el pobrecito no habla porque el año pasado tuvo un susto muy grande y se quedó afónico. Antes era una monada, y sostenía una conversación con cualquiera; pero cometí la imprudencia de dejarle solo con el carbonero, y el animalito se asustó. Se conoce que, al verle tan negro, creyó que venía á matarle expresamente desde nuestras posesiones de Ultramar, y ya no volvimos á oírle el metal de voz; pero en cambio es un animal muy cariñoso, y estoy segura de que ha de portarse muy bien con los inundados de Consuegra.

¿Para qué queríamos el loro? Lo que hicimos fué vendérselo á un vecino, destinando el producto de la venta á la suscripción nacional, y ayer preguntamos al vecino:

—¿Qué tal el loro?

—Estaba un poco duro—nos contestó.

Conste que no se pueden escribir artículos cómicos ante la gravedad de los sucesos y el sentimiento general del país.

Cuando pasen estas tristes circunstancias, reemprenderé mis tareas humorísticas, y entretanto ésta será mi bandera:

«Suframos todos, y yo el primero.»

LUIS TABOADA.

—*—
¡QUÉ LÁSTIMA!

—Siento molestar á usted (me dijo ayer un tal Suero que conocí en el café), pero lo hago porque sé que usted es todo un caballero.

—¿Qué quiere usted? (dije yo). Y el infeliz bostezó, diciéndome luego así:

—De honrados padres nací, por más que digan que no.

Huérfano, me sacó á flote mi tía Carmen Orduña, que tenía una gran dote y un hermano en la Coruña y un divieso en el cogote.

Mas al fin me echó en olvido; y aunque medrar he querido, ya es inútil que me esfuerce, ¡porque todo se me tuerce!

—¡Pues está usted divertido!

—Yo he probado á ser pintor, puntillero, pescador, pinche, punto, papelista,

pastelero, periodista y prestidigitador.

Pero no tengo ni un real; así es que no hay quien sospeche que hoy, que me encuentro tan mal, tengo un hermano de leche que es capitán general.

Mi ajuar un rayo ha deshecho, y un tren que pasaba el martes por un puente muy estrecho, me ha roto el brazo derecho por ciento catorce partes.

Me dieron la unción en Trillo, pasé el tifus en Guetaria, luego tuve el garrotillo y después la solitaria y el trancazo y el moquillo.

Esto, amigo, no es vivir, el casero me va á echar, y por si es poco sufrir, me acaba el cura de unir con una loca de atar.

—¡Basta! pues ya me he calado

el fin de tantos apuros:
pedirme un duro prestado.
—Está usted equivocado.
—¿Pues qué quiere usted?
—Siendo dos, se los daré

si me acaba de contar...
—No puedo seguir.
—¿Por qué?
—¡Ay! ¡Porque no sabe usted lo que cuesta improvisar!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ENTRE COCHEROS

(EN LA TABERNA)

—¡Vaya otra copa, Tumasín, y sigue refiriéndu detalles del sucesu!
—Pues sucedió que, estandu de parada la otra noche en la calle de Toledo, dirigióse á mi coche un endeviduo cun todas las hechuras de un toreru, y me diju, cun voz que olía á vinu, y no del superior ni mucho menus:
«¡Arza, chicu, despiértate en seguida, que nus vas á *yevar* á Reculetus!
Y sacandu el reló, que era de plata, y mirandu á la luz el minuteru, se metió en el carruaje, acompañaudu de una buena mujer.
—¡Ulé! ¡Ya entiendu!
¡Sería alguna trapisonda!
—¡Claru!
—¿Y te dirían que... despaciú?
—¡Esu!
Tatal, que di á la jaca cun la fusta y nos fuimos á dar... el gran paseu.
—¿Pues sabes, Tumasín, lo que te digu?
¡Que nun tienes vergüenza!
—¡Lo comprendu!
¿Pero á qué estamos todus?
—¡Pocu á pocu!
Es que yo á esus servicios nun me prestu. Cuandu viene á mi coche una señora y la sigue *detrás* un caballeru, nun les alquilu mi carruaje nunca, porque soy muy moral y soy muy rectu. Mi dignidaz honrada nun consiente que la rebajen hasta tal extremu, y antes de que Pachín haga esas cosas ni se preste á papeles que son feus, dejará su berlina y su caballu y su fusta y su oficiu de cocheru.
—Mira, chicu, esas son filosofías que, francamente, yo nun las entiendu.
¡Mientras nos den prupinas!...
—¡Qué prupinas!
¿Y el honor, Tomasín, que es lo primeru?
¿Y el apellidu honradu de tu padre?
¿Y el de tu madre, si lo llevas puestu?
Pero sigue la historia.
—Continúo,
si es que nun me interrumpes más el cuentu. Deciate, Pachín, que andandu, andandu por Atocha y el Pradu y Recoletus, nos pasamus, si no estoy confundidu, dos horas y tres cuartos por lo menus, hasta que al fin de todú, me llamaron, apeóse el *barbián*, miró de nuevu al reló, me pagó, dióme prupina y encargóme además cun gran misteriu que llevase á la calle de la Ruda á la barbiana que quedaba dentru.
—¿De la Ruda dijiste?
—¡Ciertamente!
—Yo vivu en esa calle, y me sospechu que puedú conocerla.
—Nun me choca.
—Dame señas á ver si la recuerdu.
—¿Qué número es tu casa?
—¡El cientu doce!
—¿Y tu mujer se llama?
—¡La Remedius!
—¿Y es así.. un pocu gorda?
—¡Un pocu gorda!
—¿Y tiene el pelo negru?
—¡Todo negru!
—¿Pues sabes, Pachó, lo que yo te digu?
Que si tu dignidaz es lo primeru y quieres ser moral, antes que todú, y nun quieres hacer papeles feus, deja ya la berlina y el caballu y el oficiu, si quieres, de cocheru... ¡pero nun te separes de la fusta, que te hará falta en casa, según creu!

FIACRO YRÁVZOS.

LA BOCA DEL ESTÓMAGO

Por espacio de muchos siglos ha sido creencia general y arraigadísima que el estómago tenía una boca para su uso particular; y tan particular era el uso que hacía de ella, que siendo boca y estando en el estómago, no servía para tragar, sino para atragantarse.

Los anatómicos más entendidos han participado de la opinión general (á pesar de que jamás fué posible disecar con escalpelo ni con sable la susodicha boca), y por las descripciones que hacen de ella, sabemos que tiene la forma de una butaca en los sujetos más benévolos y de mejor pasta.

Por excelente que el sujeto sea, no deja de tener algún amigo ó conocido de quien dice: «Se me ha sentado en la boca del estómago.»

Hay sujetos más biliosos ó de mayor *capacidad* para estas cosas, que tienen la boca del estómago en forma de *tendido de sol*, á juzgar por el número de personas que «se les han sentado.»

Lo más extraño es que, no obstante la molestia de llevar en la región epigástrica un sillón ó un ómnibus, según los casos, nada hace el paciente por aligerar su carga, antes bien rehusa todo trato y toda avenencia con la persona antipática; áe donde se sigue que ésta continúa sentada *per secula seculorum*.

La ciencia anatómica española triunfó por fin de esta creencia tan secular como falta de fundamento; y á un español, maestro de escuela, cabe la gloria de haber demostrado que el estómago no tenía boca ninguna, ni le hacía falta.

Sin embargo, el error ha buscado entre los fisiólogos el apoyo que le niegan los anatómicos: no se admite ya la existencia del órgano, pero se admite y se reconoce la función y sus modalidades, que suelen ser detestables; porque los modos de funcionar de la antipatía suelen ser los *malos modos*.

La sana razón se revuelve contra este anacronismo de la simpatía y antipatía, primo hermano del paraguas.

Tan impropio de la civilización y del siglo le parece, como defenderse de la lluvia con ese *artefacto* que cuesta hasta diez reales al que lo lleva y un ojo de la cara al que pasa por su lado.

La verdad es que ambas antiguallas se defienden y triunfan de la animadversión pública y de los adelantos científicos: la simpatía más aún que el paraguas.

No hay cosa en el mundo que la simpatía no gobierne: hasta nos casamos por simpatía.

¡Cuidado si es gordo el disparate! Porque si la simpatía fuese fundada y razonada, no fuera tal simpatía: para serlo es preciso que el individuo, engatusado por la inclinación naciente, cierre los ojos y *se arranque* (ésta es, por desgracia, la palabra) hasta llegar á los tercios del matrimonio. No digo que llegue á los medios, porque hay mucho matrimonio necesitado.

Si esto sucede tratándose de acto tan trascendental como el casorio, ¿qué no sucederá en cosas de menor empuje y bravura?

Derrochamos la simpatía ó la antipatía como las malas palabras: unas veces decimos «¡mecachis!» y otras veces «¡carape!»; pero siempre estamos ditiendo algo que sirva de adorno al discurso y de desahogo al ánimo oprimido.

Hay que advertir que la rapidez con que funciona el juicio oral es tortas y pan pintado si se compara con los procesos de la simpatía, y que ésta falla en última é inapelable instancia.

¡Y qué fallos! Me río yo de la excomunión á *mata candelas*. La primera vez que D. Pedro encontró en su tertulia del café de Levante al infeliz Celestino, aquello fué como un rayo; le miró y ¡paf! le fué antipático.

Cierto que la nariz de Celestino es un poco ambiciosa hacia la punta; pero vean ustedes el fallo:

«Queda condenado ese... trasto á no darle la razón nunca, aunque la tenga; á *sacarle* la conversación que más le disguste; á dejar caer el bastón bajo la mesa, con la esperanza de alcanzarle en un callo, y á derribarle la copita del coñac *distraída-mente* cada tres días.»

Crean ustedes que si Celestino hubiera sabido que tan tremenda odiosidad procedía del mismo sitio que sus estornudos, se corta de un solo golpe la antipatía y los constipados.

Todo sería preferible á sufrir la encarnizada persecución de D. Pedro.

En cuanto entra su víctima en el café, se dispara.
—¡Hombre!—le dice—me alegro de verle á usted. He leído esta mañana que un infeliz falta de recursos, llamado D. C. J., intentó arrojarle por el viaducto, y me dije: ¿si será Celestino?»

Celestino pone al oír esto la cara de Cristo en la primera caída. Se domina, sin embargo, y contesta sonriéndose y levantando la nariz, como siempre que habla:

—Pues no, señor; todavía no estoy tan desesperado.
D. Pedro por lo bajo:—¿Conque todavía, eh? ¡Bueno, es cuestión de tiempo!

.....
No se diga que «el corazón es leal» y que «el instinto nos avisa» y otras majaderías por el estilo. Ahí están para desmentirlas Martínez Campos y las monedas falsas de dos pesetas.

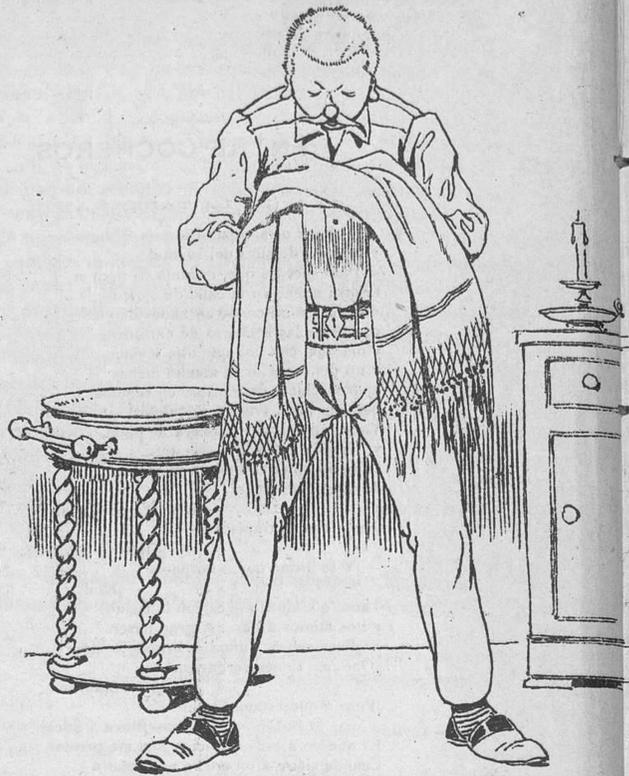
Nadie siente una corazonada al recibir un duro falso. Y ya ven ustedes si por no perder veinte reales habría quien sufriera palpitaciones.

El mismo D. Pedro.
Al formular la sentencia de antipatía sobre la nariz de Ce-

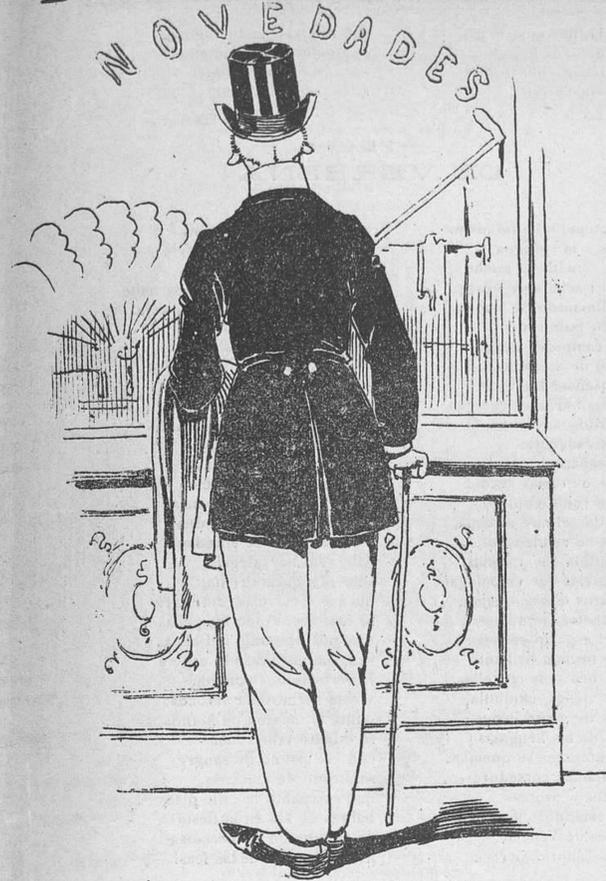
EL REGALO DEL BENEFICIO



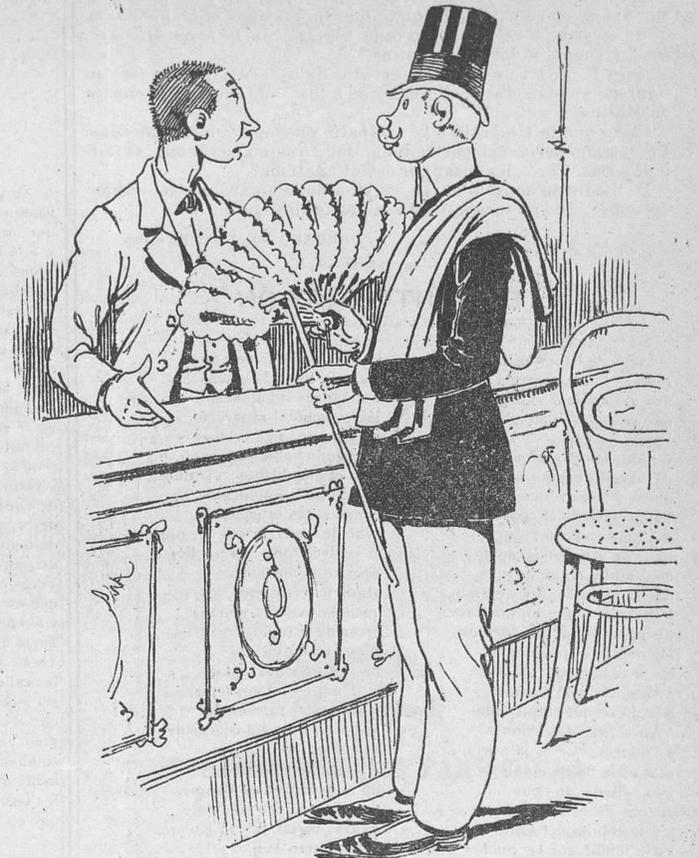
«...Y tiene el honor de remitirle adjunta una butaca para la función de su beneficio en el teatro de...»



—No tengo más remedio que regalarla algo.



—Y ¿qué la regalaré yo, Dios mío?



—¿Cuánto?



—Y ya que he salido de compras, voy antes que se me olvide...



—Nada, nada, es muy caro. Buenas tardes.



—¡Ay! ¡No sabe usted cuánto le agradezco!... Pero ¿por qué se ha molestado usted?
—Señorita, ¡por Dios! ¡Si no vale nada! Un pequeño recuerdo...



!!.....!!

lestino, túvole *ipso facto* por ignorante, torpe, inútil y mentecato. Así es que se quedó como quien ve visiones una noche en que Celestino leyó y tradujo unos párrafos de la *Illustrated Zeitung*, á ruego de los contertulios.

Para D. Pedro (y para un servidor de ustedes), el que lee un impreso alemán, ya puede echarse á leer una pieza de encaje de Malinas.

Claro que la simpatía ó la antipatía pueden ser mal colocadas. Lo extraño sería colocarlas bien, dado que no se razona al adjudicarlas. Pero ¿levantar por eso el anatema?

D. Pedro se consoló de la versión del alemán con la versión del coñac, que no tocaba hasta la noche siguiente.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EL SANTO PATRÓN

Debe de haber en España, aunque yo no sé hacia dónde, una aldehuela ó villorrio que se llama Villarrobles. Por patrón tiene á San Casto, y todos los moradores dicen que el santo les quita penas y tribulaciones. Tanta limosna el cepillo del santo patrón recoge, que con ella han levantado una capilla en un bosque, donde el santo, bien vestido y derecho como un hombre, de aquellos buenos devotos atiende á las peticiones. Es el cuento que plantada á su novia dejó Cosme, por no sé qué trapisondas ó no sé qué disensiones; y Dolores, que es la novia, está mala desde entonces, y la cuitada, de pena apenas duerme ni come; y á la capilla del santo va la infeliz por las noches á pedirle que su amante rendido á sus brazos torne. El sacristán, que lo sabe y es más malo que el demontre y mil veces á la moza le ha requerido de amores, va una noche á la capilla, al santo en la cueva esconde, y vistiéndose sus hábitos,

en la hornacina se pone. Cuando llegó la muchacha á decir sus oraciones, las escuchó el rapavelas muy grave, mudo é inmóvil. Y cuando hubo terminado, dijo el muy bribón: «Dolores, yo leo tus sentimientos, conozco tus intenciones y he de hacer lo que me pides si vuelves todas las noches.» Atónita la muchacha al oír tales razones, quedóse extática y muda, presa de extraños terrores. El santo falsificado de la hornacina bajóse y, dándole mil consejos, le dijo tales razones que creo que, entusiasmada al escucharle Dolores, á pesar de su cariño, no se acordaba de Cosme. Volvió la noche siguiente y otras varias. El tío Roque, un forastero ladino de muy malas intenciones, habiendo observado el juego, dijo al cura: —Usted perdone, señor cura, ¿cómo llaman al santo que hay en el bosque? —Pues es san Casto bendito. —¡San Casto! ¡Vaya un demonche! ¡Pues sabe usted, señor cura, que ya hay que cambiarle el nombre!

JOSÉ ESTREMERÁ.

EL CRISOL

Yo conozco una muchacha joven, airosa, morena, que con su porte y su facha va diciendo que no es buena. Y en efecto, si es pecado vender un amor mentido, traficar en el mercado con el placer prohibido, destruir el sentimiento y deshacer matrimonios... á la chica de mi cuento se la llevan los demonios. Porque es la hermosa morena desde que se ha puesto en boga engañadora sirena que atrae, estruja y ahoga. Hombre que cae á sus pies con dinero é ilusiones, se deja en un dos por tres la ilusión y los millones. Sedas, diamantes, orgías, abonos, caballos, coches, mil duros todos los días, mil besos todas las noches, el delirio, la locura, el escándalo incesante, ¡y á fundir en su hermosa cuanto coge por delante! Ella, á quien guardan profundo desprecio las buenas gentes, vive alejada del mundo de las personas decentes y tiene muy merecida la muerte en el hospital,

puesto que ha sido su vida profundamente inmoral. Pero vista la cuestión desde otro punto, ¿quién sabe si cumplirá una misión importantísima y grave? El dinero no es dinero encerrado en una caja ó en manos de un majadero que ni piensa ni trabaja. La pecadora lo airea, lo saca á luz, lo derrocha, lo desparrama, aunque sea mientras se embriaga y trasnocha, y, gracias á una pérdida que explota á unos caballeros, ese dinero es la vida de batallones de obreros. El caudal que un tonto tiene no hace ningún beneficio y, por lo tanto, conviene que, aunque sea por el vicio, no se pudra en un armario y salga á tomar el viento; el fin, si es utilitario, disculpa el procedimiento. El interés general no se para en barras tales: ¿qué importan al bien social los pecadillos parciales? ¿Se condena la morena por vivir en el pecado? Bueno, pues si se condena, ¡que la quiten lo bailado!

¿A qué fijarnos en eso?
¡Yo admiro á la pecadora
que es palanca del progreso,
como la locomotora

que va arrastrando vagones
por montañas y pantanos,
para llevar provisiones
á los países lejanos!

SINESIO DELGADO.

DE VERBENA

Anda, chiquilla del alma, vámonos á la verbena, que nos convida la noche y está la noche muy fresca. Ponte el mantón de Manila, tu esbelto talle rodea con ese campo de sangre salpicado de azucenas. Yo te enseñaré las flores que de los balcones cuelgan entre verdosos follajes y lucidas cadenas, yo te enseñaré los arcos cubiertos de ramas secas y oirás el ruido confuso y vario, que el aire atruena, de voces de vendedores, de organillos que teclean, de bandurrias que empalagan, de guitarras que se quejan. Verás cohetes sin número que en el espacio serpean y al caer forman brillante lluvia de oro y de centellas. Verás, si vienes, chiquilla, las calles de gente llenas, las luces de las bengalas que á centenares se queman, y en ventanas, corredores, sotabancos y azoteas lucir, quemándose algunos, los faroles de Venecia, que en las alturas parecen

como perdidas estrellas que brillan sobre los cielos en esas noches serenas en que en la esfera no hay nubes ni hay luz de luna en la esfera. El aroma de las flores la brisa en sus alas lleva y en los balcones se mueven las colgaduras inquietas, que una tira de amarillo entre dos de rojo ostentan. Alrededor de las murgas verás bailar las parejas despacito, tan despacio que no se mueven apenas, los alientos se confunden] y los suspiros se enredan... Allí, sólo hay alegría, sólo la algarazara reina, porque estos días, del barrio se han desterrado las penas... Conque, chiquilla del alma, ven, que mi brazo te espera, la verbena nos convida y está hermosa la verbena; ponte el mantón de Manila, tu esbelto talle rodea con ese campo de sangre salpicado de azucenas, que en cuanto la calle pises, habrás de ser en la fiesta ¡la envidia de las hermosas! ¡la admiración de las feas!

EDUARDO VILLEGAS.

¡VA DE HISTORIA!

El cura de la Torre de Benito, que además de ser cura es un bendito, sin otras ambiciones que echar migas de pan á los gorriones, decir su misa al despuntar la aurora, rezar todas las tardes el rosario y pasarse la vida hora tras hora leyendo en su breviario, montado en su pollino y envuelto en su sotana, se marchó una mañana á otro pueblo vecino, á dar la *Extremaunción* á un campesino á quien un toro padre, desmandado, había reventado.

Llegado el señor cura ante el paciente, al cual llegaba ya la hora postrera, después de examinarle atentamente, le habló de esta manera: —Vamos á ver, Gaspar, ¿qué te ha ocurrido? —Señor —dijo el enfermo,— me ha pasado lo que nunca me hubiera figurado, y fué tan sólo por haber cumplido lo que vos me teníais ordenado. Me habéis dicho en distintas ocasiones: sigue mis instrucciones; en peligros, apuros y camorras, fíate de la Virgen y no corras. Yo, fiado, señor, en tal consejo, al ver venir el toro, sin ver que peligraba mi pellejo, le esperé con cachaza, que hoy deploro.

Montado en su pollino tornó á su pueblo el cura, dejando al desdichado campesino al borde de la misma sepultura. Desde entonces, el cura de la Torre, obrando con muchísima prudencia, así que ve algún toro en su presencia, se fía de la Virgen... ¡pero corre!

MANUEL SORIANO.

EL MAYOR TORMENTO

Con muestras de desagrado observó *Pero Botero* que sus famosas calderas ya no surtían efecto, y que la gente iba sólo á pasar bien el invierno en las terribles mansiones que nos causan tanto miedo. Se enteró del adelanto y del creciente progreso del mundo, y aquí se vino á ver si entre sus inventos encontraba alguna máquina para hacer un escarmiento. Apenas hubo llegado, cuando por vía de aseo quiso que le rasurasen y entró en casa de un barbero, el cual, ó era de *secano*, ó amigo de ganar tiempo, porque sin darle jabón echó mano al instrumento, pasó por una correa varias veces el acero y, probándolo en su piel, á afeitarse dió comienzo.

Aunque callaba la *victima*, hablaba con todo el cuerpo. ¡Cómo enroscaba la cola! ¡Cómo encogía los cuernos! ¡Dios mío, qué contorsiones y qué inauditos esfuerzos hacía aquel pobre diablo por no saltar del asiento! Pero por fin al martirio puso término el maestro, y se levantó el demonio, más que escocido... contento; dió á su *verdugo* propina además del justo precio, y volvió gritando ¡*Eureka!* á sus dominios corriendo.

Llegó, y desde entonces, uno de los mayores tormentos que Satán ha establecido en los profundos infiernos, ¡es un barbero que afeita á los pacientes en seco!

FRANCISCO AGUADO ARNAL.



Con la sorpresa y el humor que es de suponer, hemos oído pregonar, en plena Puerta del Sol, ¡dos números del MADRID CÓMICO por 5 céntimos!

No hay para qué decir que la Administración nada tiene que ver en semejante cosa, porque no íbamos á buscar, por gusto, nuestro propio des crédito.

El caso es que un apreciable sujeto á quien regalamos unas cuantas manos de papel sobrante, que nos pidió para otro fin muy distinto, ha ido y las ha vendido al peso. ¡Infeliz! A él le habrán dado dos pesetas, y á nosotros nos ha hecho un flaco servicio.

Pero bien sabe Dios que no volverá á ocurrir. Porque errando se aprende.



La *Correspondencia*, edición de la mañana:

«Ha llegado á Madrid el capitán general de Galicia, Sr. Morales de los Ríos, habiendo conferenciado con el señor ministro de la Guerra.»

La *Correspondencia*, edición de la tarde:

«Con decir que el general Morales de los Ríos no se ha movido de la Coruña, puede apreciarse la exactitud de la anterior noticia.»

¡Señora! usted se lo dice todo.

Y además no podemos saber dónde está á estas horas el Sr. Morales de los Ríos.



No sueñes con mujeres muy hermosas, porque trae consecuencias fastidiosas. Puede el alma gozar plácidamente; su propia creación es su embeleso... pero al día siguiente parecen feas las de carne y hueso.



Se ha fugado el factor de salidas de la estación de Irún, dejando abandonado el servicio.

Pero lo que no ha querido abandonar ha sido la cantidad de seis mil pesetas que han tenido á bien acompañarle en su viaje.

Él habrá pensado: «Mi puesto puede ocuparle otro inmediatamente, pero este dinero... ¿qué hará sin mí?» Y se lo ha llevado para que no se pierda.



Libros:

La barrica de oro, humorada cómica-lírica en un acto y en prosa, de los Sres. D. Luis Cocat y D. Heliodoro Criado, música del maestro Taboada, estrenada recientemente con gran éxito en el Teatro del Tivoli.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 22.

Nuestro colega *El Motín* ha publicado y puesto á la venta su *Almanaque para 1892*.

Contiene infinidad de artículos y poesías de renombrados escritores y va ilustrado con muchas y muy lindas caricaturas cromolitografiadas. Se venderá tanto que se agotará la edición en seguida. ¡Como si lo estuviera viendo!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

K. Tarro.—No se dice *aguzar*, sino *aguzar*; de ahí que *agusa* y *musa* sean consonantes, pero... ¡á la fuerza ahorcan!

K. Chaza.—Gana de perder el tiempo lastimosamente.

Cuqui.—¡Carambil! ¡Qué atrevidillo es usted, compañero! Esas cosas no se dicen delante de señoras.

Sr. D. A. F.—«Me estoy quedando un Noé de viejo, caduco y *tedio*.»

¡Pero si es que no puede uno quedarse *tedio* aunque quiera!

Sr. D. E. E. R.—Madrid.—No es apropiado el lenguaje á los personajes que lo usan. Porque aunque se diga *por mor* y *mayormente*, no basta eso para pintar chulos.

Decanin.—Mire usted, al hacer las seguidillas no se debe acabar un verso en vocal para empezar con vocal el siguiente, porque suenan mal entrambos. Por ejemplo:

«que le mandó comprase
el otro día»

forman, entre los dos, un endecasílabo perfecto. Y no es eso lo que quería hacerse.

Quijote.—Los cantares son malos. Y las *haches* brillan por su colocación disparatada.

Tour Eiffel.—«¡Oh, niña hechicera,
oh rayo de sol!
¿Por qué no me oyes?
¿Por qué no me escuchas?»

Porque le ha dicho el corazón que no le va usted á decir nada bueno.

T. L. fono.—¡Sí! ¡sí! ¡Buena gracia te dé Dios! Ni pizca.

Sr. D. J. H.—Carecen de interés y de novedad en absoluto. Además, los endecasílabos están mal medidos ó mal acentuados.

J. Nololeas.—Pues, sí señor, lo he leído y no me disgusta del todo. Está versificado correctamente y con cierta sal. Lo que hay es que el asunto es tan... vamos, tan *fané*.

Aguacero.—¡No le faltaba más á Consuegra! ¡Que le escribieran odas humorísticas!

R. que R.—Madrid.—Efectivamente, *el hecho* tiene gracia, pero no se puede hablar de la desdicha para hacer un chiste, aunque sea inofensivo.

Uno que pide un favor.—Se le hará á usted con mucho gusto. Decía así:

«Al obtener la victoria
Los Amantes de Teruel,
dieron á Valero gloria
y coronas de laurel.»

Está usted servido.

Sr. D. L. G. F.—No me parece mal la idea, pero versificada con bastante desaliño.

Fray Belén.—Huya usted de la vulgaridad, que es el peor enemigo del hombre.

Sr. D. F. A.—Sí, señor; la de usted es, y entra en turno por consiguiente.

MADRID, 1891.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa. Calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

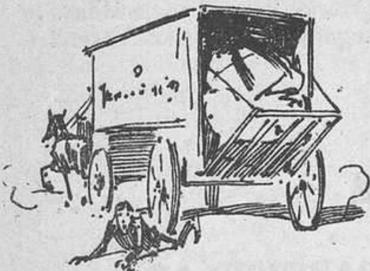
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID



Si te atropella un camión,
cojito te quedarás,
y tendrás que usar bastón
de los de casa de GRAS.

Alcalá, 40.



Aunque nos miras así
postrados de esta manera,
no te adoramos a tí,
sino al traje de PESQUERA.

Magdalena, 20.

LA FUENTE DE LOS MILAGROS



Por las mañanitas
y muy tempranito,
dando un paseito
por la calle irás,
y sacando cuartos
de los bolsillitos,
dos ó tres frasmitos
de agua comprarás. (1)

(1) De Colonia, en la Perfumería Americana, Espoz y Mina, 26.

—¿Qué ha sido lo más notable de la Exposición de París?

—La torre Eiffel.

—¿Y de la Exposición de Viena, Mayor, 12?

—¡Allí todo es notable! Pero especialmente los equipos para novias.



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil sobre ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO



—Papá, ¿por qué mayan tanto los gatos?

—Porque les duelen las muelas.

—¡Qué tontos! ¡Podían ir á sacárselas en casa de Tirso, Mayor, 73!

TULLERIAS



¡Restaurant Las Tullerías,
bueno y bendito tú eres!
¡Fuente de mis alegrías
y raudal de mis placeres!
Matute, 6.



—¡Qué guapo estás! ¡Bien se ve que te luce el pelo, Blas!

—Es que me arreglo en la Peluquería de TOMAS.

Alcalá, 40.



Tengo yo una camiseta
de cuello de pajarita,
muy bonita, muy bonita,
¡muy bonita, muy bonita!

Martínez, San Sebastián, 2.



—Si quieres ¡oh noble morol
zapatos de rechupete,
acude á LA BOTA DE ORO,
Magdalena, diez y siete.



Los hechos de los gigantes
deben pasar á la historia
en páginas de brillantes...
de los de casa de SORIA.

Magdalena, 18.



¡Qué linda! ¡Qué bien se
[abrocha!

Bien decía mi difunto:
para géneros de punto,
los de la calle de Atocha

(75 y 77—TIRSO RODRIGUEZ)



—¡Las once! Yo debía levantarme para ir á la oficina. Pero ¿quién sale de la cama con gusto, cuando la cama es de la fábrica de la plaza de la Cebada, núm. 1?

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO

RESTAURANT.—Frente á la estatua de Espartero. Gran Parque para comer al aire libre. Salón para banquetes y bodas. Gabinetes independientes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se reciben encargos para dentro y fuera del Establecimiento.

